

# April, Adam

Y LA  
TRAYECTORIA  
DE LOS  
PLANETAS

ANDREA LONGARELA

NEIRA

CROSS  
BOOKS

## Índice

Sinopsis  
Portadilla  
Dedicatoria  
Cita  
Rayos de regaliz  
Coco y nueces  
Estrellas de limón  
Espirales de frambuesa  
Gotas de chocolate blanco  
Corazones de pasta de dientes  
Pecas de cacao  
Satélites de caramelo  
Lilas para April  
Agua y aceite  
Lágrimas para Adam  
Piel de naranja y mantequilla  
Tréboles glaseados  
Pompas de mandarina  
Cerezas de jabón  
Ojos de avellana  
Bollitos de anís  
Cerveza y pasas  
Po-boy y batido  
Café con jengibre  
Recuerdos de calabaza  
Realidad agridulce  
Gofres y algodón de azúcar  
Paredes de caramelo  
Canciones de té

Grajeas de fresa y nata  
Mariposas de lima  
Crema de vainilla  
Un mundo por saborear  
Agradecimientos  
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora  
bre

Descu-  
Comparte

## Sinopsis

¿Alguna vez has soñado con desaparecer? Adam, sí. No deja de hacerlo. Cuando se levanta, cuando se acuesta, cuando respira. Cada segundo de su existencia en el que se da cuenta de que Ella ya no está.

¿Alguna vez has vivido como si todo fuera un sueño? April, sí. No deja de hacerlo. Cuando hornea galletas para el grupo de terapia del señor Campbell, cuando observa a su hermano Otto crear música con una simple lata, cuando ve a Adam por primera vez.

¿Pueden tener algo en común un chico que solo vive entre sueños y una chica que solo sueña despierta? ¿Y una chica que cree tener el don de romper el corazón a los demás y un chico que lo tiene de piedra?

Quizá aún haya esperanza para ellos; quizá, juntos, sean capaces de matar monstruos de la mano y de conseguir que los planetas dejen de girar.

# APRIL, ADAM Y LA TRAYEC- TORIA DE LOS PLANETAS

## Andrea Longarela - Neïra



*Para Judith, por ser hogar, calor y color  
siempre que lo necesito.*

1. ¿Por qué me gustan las medusas? No lo sé. Las encuentro bonitas. Antes, mientras las miraba, he pensado una cosa. Escucha, lo que nosotros vemos es solo una pequeña parte del mundo. Damos por hecho que esto es el mundo, pero no es del todo cierto. El verdadero mundo está en un lugar más oscuro, más profundo, y en su mayor parte lo ocupan criaturas como las medusas. Eso nosotros lo olvidamos. ¿No te parece? Dos terceras partes del planeta son océanos, y lo que nosotros podemos ver con nuestros ojos no pasa de ser la superficie del mar, la piel. De lo que verdaderamente hay debajo no sabemos nada.

HARUKI MURAKAMI,  
*Crónica del pájaro que da cuerda al mundo*

## Rayos de regaliz

El mundo está lleno de personas rotas.  
La diferencia radica en que algunas saben que lo están y otras aún no.

April tenía un don. Lo había descubierto una tarde, quince años atrás, cuando el coche de su madre con todas sus pertenencias dentro había recorrido por última vez Marshall Street y había observado el rostro desencajado de su vecino, Cory Graham, haciéndose cada vez más pequeño hasta desaparecer. Lo supo justo cuando su cara comenzaba a desdibujarse. Fue un *boom*, un agujijón clavado en sus tripas, un destello fugaz de algo que solo podría definirse como dolor, un rayo que atravesó el cuerpo del chico e implosionó contra el iris atigrado de ella. ¿Alguna vez habéis tirado un globo de agua desde una ventana? Pues esa fue la última imagen que tuvo April de Cory antes de mudarse de Morgan City y no volver a verlo nunca más: la de su corazón rompiéndose.

Cinco años después, hubo un acto que se lo confirmó de nuevo. Estaba jugando a pintar estrellas en la pared del pasillo. Pretendía que estas iluminaran la casa cuando su hermano Otto se levantase a hacer pis por las noches y, de ese modo, su miedo a que un monstruo lo engullera desapareciese, pero su madre, en vez de agradecerle la idea, la había castigado y obligado a borrarlas con un viejo cepillo de dientes y una pieza de jabón de glicerina mientras Otto lloraba en una esquina abrazado a sus rodillas. En rea-

lidad, las lágrimas no se veían, pero April sabía que su hermano estaba llorando por dentro; lo hacía continuamente, pero los adultos estaban tan ciegos que rara vez podían verlo. O, aún peor, porque la triste verdad era que no querían hacerlo.

En aquel momento, April estaba tan enfadada con su madre que cuando los astros desaparecieron del todo y las paredes volvieron a ser planos muertos a su alrededor, se plantó con los puños cerrados por la ira frente a ella y le dijo las palabras que pusieron su don a funcionar por segunda vez en su vida.

—Te odio. Y no lo hago por haberme hecho borrar los dibujos, ni porque me escuezan los dedos, ni porque me importe que pienses que solo hago tonterías. Te odio porque no lo comprendes, ni siquiera lo intentas. Te odio porque es tan fácil como leer en sus ojos, en sus manos, en sus pasos. Otto no es un problema matemático, mamá. Ni un acertijo. Otto solo es... como esos mundos de fantasía de los cuentos, pero ¿cómo vas a entenderlo si no crees en él?

Los hombros de su madre se debilitaron, como si hubiera recibido un golpe fuerte, y sus ojos le dijeron a April que lo había vuelto a hacer, que su don seguía funcionando. Y es que April no solo era especialista en leer a su hermano, sino que también tenía una facilidad asombrosa para hacerlo con los demás. Eso sí, para ella no era un don, sino una especie de castigo, ya que solía conocer más de la gente de lo que deseaba y eso no siempre era bueno. La hacía sentirse una ladrona de pensamientos, de sueños, de secretos que no le correspondían.

Pasaron otros cinco años antes de que el don despertase de nuevo. Como si hubiera establecido una especie de rutina, de período de descanso para activarse con más fuer-

za que nunca una vez por lustro. O eso pensaba April. En aquella ocasión estaba en un parque, bajo la sombra de un sauce. El calor se le pegaba a las mejillas, y los puestos de la calle le traían el olor de las palomitas y de masa para gofres. Jason Newell estaba frente a ella con las manos en los bolsillos de los vaqueros y la cabeza gacha. Su pelo rubio estaba rizado por la nuca debido al sudor y apretaba los dientes con furia, pero April intuía que no era por la inminente despedida, sino porque estaba haciendo serios esfuerzos por no llorar. Le pidió perdón de nuevo, aunque April pensaba que no había que disculparse por no querer a alguien, que los sentimientos no tenían razón de ser y, por lo tanto, no responsabilizaban a nadie de nada, pero, aun así, creyó que aquello haría sentir mejor al que había sido su novio durante treinta y tres días y nueve horas. Se habían dado la mano veintitrés veces y se habían besado unas doce. Y ahora estaban ambos estrenándose en el marcador de las rupturas. Jason asintió y se marchó, pero April vio sobrevolando su don como si fuera una mano gigante que cubrió al chico y que lo guio de vuelta a la feria como si de una marioneta se tratase.

Había sido difícil, aunque no tan duro como los adultos siempre contaban que resultaban las rupturas, al menos para ella, y respiró tranquila, porque tenía una nueva tregua con el destino durante los próximos cinco años.

Volvió a sumergirse en las calles ajetreadas de Nueva Orleans y se compró un batido de fresa. Después caminó hacia su casa despacio, disfrutando del sabor dulce y ajena a lo que la rodeaba, totalmente obnubilada con sus pensamientos. Dándole vueltas a lo de siempre, preguntándose por qué, de entre todos los dones posibles que la vida le había podido otorgar, a ella le había tocado precisamente

ese. Cuestionándose, sin obtener respuesta alguna, el motivo de tener la capacidad de romper el corazón de los demás.

Todas las personas nacen con un don. Esa era la premisa que había guiado la vida de April desde que comenzó a observar lo que pasaba a su alrededor y lo descubrió. Esto ocurrió porque ella era de esa clase de gente que escucha más que habla y que no solo mira, sino que ve. El mundo está lleno de lo contrario, de personas que clavan los ojos en lo que les rodea, pero que nunca se quitan la venda que les impide ver lo esencial y que les hace estar pendientes de cosas más allá del perímetro de su ombligo. Quizá April hubiera sido una más, pero tener a su lado a alguien como Otto provocó que tuviera que aprender a leer otros idiomas si querían entenderse. Otto, al que muchos colgaban la etiqueta de *chico especial*, pero no por todo lo que brillaba, sino por esas cosas diferentes que el resto no comprendía. Otto, que había nacido con un diagnóstico bajo el brazo de trastorno del espectro autista, con retraso mental asociado y ausencia de lenguaje, palabras que para April estaban vacías y no decían absolutamente nada de su hermano. ¿Cómo podían resumir todo lo que era una persona con ese puñado de palabras? ¿Cómo podían decir que no hacía uso del lenguaje cuando con ella no dejaba de comunicarse? Otto era mucho más que eso; aquello solo era un bache insignificante en el mapa de su vida para rellenar informes institucionales. Pero April lo veía de verdad, vaya si lo hacía, y sí que merecía más que nadie el adjetivo de *especial*, pero porque había muy pocas personas en el mundo con tanta luz como su hermano pequeño.

Su madre tenía el don de aguar los colores. De conseguir que un momento azul intenso se volviese gris. Era ca-

paz de no terminar un crucigrama, pero sí de encontrar una errata, en caso de que la hubiera. De ensalzar el fallo en un examen de notable. De hacer que la vida pareciese un poco más difícil cuando lograbas superar una cima. No era un buen don, April lo sabía, pero nadie ha dicho que la vida sea justa y que los dones siempre tengan que ser positivos; de ahí que ella misma odiase el suyo, pero lo que sí que sabía es que todos tenían una función.

A su padre nunca lo recordaban, pero April sabía que tenía el don de provocar sonrisas. Lo sabía porque en todas las fotografías en las que él aparecía su madre iluminaba la imagen con una gran sonrisa llena de todo lo que no mostraba desde que él se había marchado. Por eso, April pensaba que se habían querido mucho, porque se complementaban como esos polos opuestos que se atraen de forma inevitable. Su madre era toda melancolía, pero esta se contrarrestaba con la alegría excesiva de su padre, y viceversa. Al menos le gustaba pensar eso, porque en realidad no tenía ni idea, ya que ella apenas conservaba recuerdos de él antes de que un Toyota Corolla se lo llevase por delante mientras cruzaba la calle con dos bolsas llenas de gominolas y helado. Fue el día que April cumplía tres años. No hace falta que explique que no se comieron dulces aquel día, pero sí conviene decir que la calle acabó cubierta de una lluvia de azúcar y de colores pastel. Su padre había muerto, sí, pero a ella le gustaba imaginar que lo había hecho rociando la ciudad de caramelos. Una ciudad que habían abandonado con la mirada triste de Cory Graham despidiéndose de ellos, porque su madre no podía evitar cruzar esa calle sin imaginarse el cuerpo de su marido inerte en el suelo, mientras que April sonreía a su lado, pensando en gotas de fresa y rayos de regaliz.